



ANO XLI

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11852

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jer.—Tres meses, 11.25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 1.^o de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 14 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA CARCEL

En distintas ocasiones, nos he-
mos ocupado del lamentable aban-
dono en que se tiene tan importan-
te cuestión.

Nadie que no conozca a Carta-
gena puede creer que carezcamos
de una cárcel.

Todo el que sepa la importancia
de esta ciudad, ha de creer que
contamos con edificio tan nece-
sario.

Cuanto vienen animados de hu-
manitarios sentimientos, protestan
del abandono en que se tiene a los
recluidos, en el inhumano edificio
que hoy se ha dado en llamar car-
cel de partido.

Tiempo es ya de que por quien
corresponda, se ponga término a
un asunto tan importante.

Es altamente censurable, que
dentro de un edificio que después
de ser viejo, no reúne condi-
ción higiénica alguna, se albergue un
número de infelices, si bien dignos
de castigo, dignos también de ser
mirados con más consideración,
pensando para ello, que bastante
espacio y bastante satisfacción dan
a la Sociedad, con vivir encerra-
dos y separados de los hombres
honrados.

Nadie desconoce, que la Ley hu-
mana como la ley divina, lejos de
autorizar a las autoridades tan la-
mentable descuido, las castiga, ha-
ciéndoles merecedoras de las cen-
suras que emanan de labios de
cuantos pasan y visitan el edificio,
que hoy recibe el nombre de penal,
donde las enfermedades y las pes-
tílicas olores son una sentencia
de muerte.

Bien sabemos que estas líneas
escritas espontáneamente, por la
irritabilidad que nos produce este
inconcebible abandono, ya de mu-
chos años, no producirán los efec-
tos, que la opinión y nosotros de-

seamos; pero al menos conseguire-
mos hacer llegar a nuestras auto-
ridades el eco de nuestras justas
reclamaciones.

Muchas mejoras se han realizado
en Cartagena, y por esto es más
censurable lo tavia que esta ciudad
no cuente con una cárcel, digna de
su nombre.

Mucho puede hacer en este asun-
to el alcalde Sr. Bruna, cuya acti-
vidad y buenos deseos, conocemos
perfectamente.

Con que así manos a la obra,
para que en breve plazo pueda
contar Cartagena con una buena
Cárcel de partido.

TIJERETAZOS

Leemos en «La Publicidad» de Barcelo-
na:

«La comisión enviada a los arsenales del
Estado para investigar las construcciones
de los buques parece que está descorazo-
nada.

El «General Liniers» y el «Princesa de
Asturias» están retrasadísimos.

Ahora sale dicha comisión para el Fer-
roviario donde se construye el «Reina Regente»
desde hace algunos años y el «Cardenal
Cisneros» que comenzó a construirse poco
menos que en tiempo de la batalla del Sa-
lado, y lleva trazas de concluirse el día
del Juicio Final.

Y cuenta que con lo que se ha gastado
en la construcción de esos buques que Dios
sabe cuando saldrán a la mar, podíamos
tener una escuadra numerosa.

Pero en España, ya se sabe, la construcción
de un buque de guerra es el pretexto para
que vivan años y años numerosas familias, vi-
niendo esa clase de trabajos a sustituir la
antigua sopa de los conventos.

¿Qué tiene que ver la mala administra-
ción con los obreros?

Ataque a aquella, pero dejémosla a estos,
que tanto trabajo tienen.

En los arsenales habrá algunos obreros
ancianos que consumieron su vida en los
talleres; pero eso no puede darles viso de
casas de beneficencia.

Y el suprimir unos cuantos jornales que,
después de todo, no causarán el célebre

ahorro, del consabido chocolate, en nada
mejorarán la situación del país.

Esto es si al decretar la supresión de esos
polvres obreros, no se levantaba «La Pu-
blicidad» tachando al Ministro que lo hicie-
ra de miserable y desagradecido.

Se dan casos.

«El Correo Español» pide que se unan
todos los españoles bajo la bandera de Dios,
Patria y Rey.

¡Majadero!

No se unirían para ir a coger monedas
de cinco duros y quieros que se unan para
eso.

Dice «El Español» que en manos de los
gobiernos españoles se ha deshecho todo:
colonias, presupuestos, libertad y decoro.

No olvide el colega que en esos gobier-
nos ha sido ministro su patrono Gamazo.

Un despacho del generalísimo inglés en
el Africa del Sur dice que los boer han te-
nido desde el día 7 ciento sesenta y cinco
bajas.

Esos boers serán imaginarios,
¡Sino deben quedar!

(PARENTESIS)

MONOLOGO DE UN CICLISTA

Este es el spor de gasto,
Esto es lo que causó asombro
a las mujeres bonitas
y al mundo, de Polo a Polo:
¡ver un muchacho elegante
vestido de traje corto!

—Me refiero al pantalón,
no al traje de matar toros
que usan esos hombres cursis
y flamenos y... horriblosos,
¡vaya, que yo no transijo
con la afición a los toros,
que a más de no ser inglesa,
moda que hoy nos priva a todos,
es fiesta de populacho,
y salvaje y de mal tono!
como dije, no recuerdo
si Glaston o San Teodoro.
El traje, que distinguido,
y que elegante, y que todo!
comprendo que las muchachas
se jactaban de nosotros,
al vernos tan elegantes,
con el calzadito corto,

y la blusa muy ceñida
coronada con el gorro
que también hace, sabiendo
llevarlo con cierto tono
piratesco: por ejemplo
como yo, torcido un poco,
que dice claro al que entiende
dos dedos de ponerse gorros,
que soy un calaverilla
de esos a quien Páman locos,
felicidad de solteras,
cizaña de matrimonios,
y comprendo, ya lo creo,
más que comprendo, conozco
que hay casadas que distinguen,
y se flechan de nosotros
al vernos sobre estas ruedas
correr, rápidos cual Eolo,
—que según creo es el viento—
la pista del velódromo

Dijo; y dándole a los pedales
con un ímpetu asombroso,
se alejó de donde estaba,
despertando de su insomnio.
Y no pude escuchar más
que esta parte del monólogo.

Avalinga

LA GUERRA

HISPANOAMERICANA

bajo el punto de vista médico

Por una extraña y singular coincidencia,
en estos momentos de amargo recuerdo pa-
ra todos los que servimos en la Marina, y
especialmente para los que hace tres años
formábamos parte de las dotaciones de los
buques de nuestras escuadras infortunadas,
he recibido un hermoso libro que, en mi
concepto, tiene una importancia extraordi-
naria, por hallarse exclusivamente consa-
grado a analizar uno de los aspectos más
interesantes de nuestra desdichada guerra
con la poderosa República norteamericana.

Escritores distinguidos de todos los pa-
íses han dedicado a este asunto las fuerzas de
su entendimiento, y los empeños de su vo-
luntad, y aunque no les ha sido a todos
igualmente propicia, la fortuna, es induda-
ble que la biografía de la guerra se enrique-
ce poco a poco, y andando el tiempo llega-
rá un día en que cuente con los elementos
necesarios para que pueda escribirse la his-
toria completa, verídica y razonada.

Hasta ahora, ni el capitán de navío Ma-
han, en sus interesantes cartas publicadas
en el Times; ni el libro de Mr. Ch. Morris,
The American War with Spain, escrito con
más pasión que conocimiento; ni el *Docu-
mentary Spain*, de Mr. H. W. Wilson, expre-
samente escrito para envolver en nubes de
lucienso los dorados altares de alguna nue-
va y venturosa deidad; ni el *Annual Report*
del departamento de Marina americano del
año 1898: voluminosa recopilación de docu-
mentos oficiales; ni el libro titulado *Guerre
Hispano Americaine*, del escritor francés
monsieur Ch. Crile, en el cual traza, a
grandes rasgos, los hechos más salientes de
la pasada campaña; ni el estudio concien-
zudo y serio de la guerra hecho por el co-
ronel sir J. Clarke en el Brasscy de 1899;
ni los artículos que Bonamico escribió en la
Revista Marítima, olvidándose de que no
son los escritores italianos los que deben
juzgar con mayor severidad las desdichas
de las Marinas ajenas cuando son tan gran-
des y tan universalmente conocidas las su-
yas propias; ni siquiera mi antiguo coman-
dante de la «Nautilus» y queridísimo ami-
go D. Víctor Coneas, en su *Escuadra del
almirante Cervera*, obra con tanta justicia y
tan generalmente alabada, han hecho otra
cosa que estudiar el problema bajo el pun-
to de vista político, marítimo ó militar que
les era propio y que más directamente les
interesaba ó que más en armonía se halla-
ba con sus aficiones, aptitudes ó propó-
sitos.

Ofrece, sin embargo, esta, como todas
las guerras, puntos de vista importantí-
simos que a todos interesan igualmente, y
que eso no obstante, somos los médicos mi-
litares los que estamos llamados a estudiar-
los de un modo especial, reconcentrando en
ellos toda nuestra atención y examinándolos
con el más profundo y mayor detenimien-
to.

No quiero decir con esto que el militar ó
al marino inspire poco interés lo que se re-
fiere a la salud ó a la vida del marinero ó
del soldado. Todos saben muy bien que hoy
lo mismo que en tiempos de Roma, el factor
humano es el primer elemento de toda
campaña, y que no hay lucha posible ni em-
presa que llegue a término feliz cuando
los alegres rampamientos se convierten en
tristes hospitales y las escuadras más po-
derosas se convierten en flotantes lazaretos
de apostados. El guerrero devorado por la
fiebre ó aniquilado por el veneno de cual-
quiera otra enfermedad no tiene bríos para

dos veces en casa de un amigo común. No sentía,
pues, positivamente ningún placer en pasear con
aque-
los dos compañeros, que encontraba cinco ó
seis veces al día, y a los cuales estrechaba todas ellas
la mano; no había venido a pasarlo para semejante
cosa.

Hubiera querido acercarse al ayudante de campo
con el cual cambiara el saludo, y alternar con aque-
llos caballeros, no para que los capitanes Ohjogf,
Súslkof, el teniente Paschitzky y otros le vieran
con ellos en conversación, sino sencillamente porque
eran personas agradables, al corriente de las noti-
cias, y que le habrían referido algo nuevo. ¿Por qué
tiene miedo Mikhailof y no se decide a abordarlos?
¿Es que se pregunta con inquietud lo que hará si
estas flores no le devuelven el saludo; si continúan
charlando entre sí, haciendo como que no le han vi-
sto? ¿Y si se alejan dejándole solo entre los aristócratas?
La palabra aristócrata, en sentido de grupo es-
cogido, entrecogido del montón, perteneciente a
cualquier clase ha adquirido desde hace algún tiem-
po entre nosotros, en Rusia—donde no debiera ha-
ber echado raíces, a lo que parece—extraordinaria
popularidad, penetrando en todas las capas sociales
en donde la vanidad se cultiva. ¿Y dónde no se in-
culta tan lamentable adquisición? En todas partes, en-

tre los empleados, los comerciantes, los farfúles,
oficiales; en Saratof, en Mamadisch, en Venitsy, en
una palabra, doquiera que haya hombres. Ahora
bien: como en la ciudad sitiada de Sebastopol hay
también muchísima vanidad; lo cual quiere decir
que los aristócratas están en gran número, por más
que la muerte se cierna constantemente sobre las ca-
bezas de todos, aristócratas ó no.

Para el capitán Ohjogf, el capitán de segunda,
Mikhailof, es un aristócrata, para el capitán de se-
gunda, Mikhailof, el ayudante de campo Kalugin
será un aristócrata, porque es tal ayudante de cam-
po y se trata con tal otro ayudante; en fin, para Ka-
lugin, el conde Nordof será un aristócrata, porque
es el ayudante del emperador.

¡Vanidad, vanidad, y solo vanidad! ¡Hasta junto
al altar y entre gentes prontas a morir por una idea
elevada! No será la vanidad el rasgo característi-
co, la enfermedad que distingue al siglo actual? ¿Por
qué no se conocía en otro tiempo esta debilidad, más
de lo que eran conocidos el cólera ó la viruela? ¿Por
qué no existen en nuestros días más que tres
clases de hombres: unos que aceptan la vanidad como
un hecho existente necesario, y por consecuencia
justo, y que se someten a él libremente; otros que
la consideran como un elemento nefasto, pero impo-

preguntó tímidamente Mikhailof, mirando uno tras
otro a Kalugin y Galtzin.

Nadie le contestó; el Príncipe hizo un ligero mo-
vimiento, y dirigiendo una mirada por encima de la gorra
de Mikhailof.

—¡Qué bonita muchachal—dijo tres uoce minu-
tos de silencio—allá abajo, con el pañuelo colora-
do.—¿La conoce V., capitán?

—Es hija de un marinero; vive junto a mi casa—
respondió este.

—Vamos a verla más de cerca.

Y el príncipe Galtzin se cogió del brazo; por un
lado a Kalugin, por el otro al capitán de segunda,
persuadido de que porposonaba a esto, al proceder
así, viva satisfacción Y no se engañaba. Mikhailof
era superticioso, y a sus ojos, gran pecado compare-
de mujeres antes de entrar en fuego; pero aquel día
se las echó de libertino. Ni Kalugin ni Galtzin se
dejaron engañar; la joven del pañuelo de color se
sreprendió mucho, pues más de una vez había ob-
servado que el capitán se ponía colorado al pasar
ante su ventana.

Praskinin iba de rás de los otros y daba con el
codo al Príncipe haciendo toda suerte de comenta-
rios en francés, pero como el estrecho callejón de
árboles no les permitía marchar los cuatro de fren-